



El tiempo material

Hay unas cuantas frases, ciertos giros, que son, sin duda, absurdos, pero que han tomado carta de naturaleza en la estilística corriente y vulgar. Y a las veces duda uno de si son tan absurdas como a primera vista se nos muestran. Tal es aquella de: «por un olvido involuntario deje de hacer...» esto o lo otro. Porque, ¿puede un olvido ser voluntario? ¿Se olvida lo que se quiere olvidar o, mejor, deja de olvidarse lo que se quería recordar? Y cabría decir que en rigor sólo se olvida aquello que no hay mucho interés en recordar.

Hay otra expresión que siempre ha retenido nuestra atención, y es aquella de: «por falta de tiempo material». El origen de ella es muy claro y a la vez muy curioso, mostrando un proceso de formación de modismos. El adverbio «materialmente» se emplea en el sentido de «en absoluto», «del todo», «por completo». Así se dice: «es materialmente imposible» o «está materialmente arruinado». De aquí la frase de: «me falta materialmente el tiempo»; luego «por falta material de tiempo», y después «por falta de tiempo material». El adverbio «materialmente» pasó a ser un adjetivo calificativo de la falta de tiempo, sin tener en cuenta que no hay una falta material y otra inmaterial, y tomando lo de «falta material» por «falta absoluta» y por fin, vino a recaer en el tiempo mismo. Y en el tiempo, que es algo formal, sí que no cabe distinción de material e inmaterial.

Pero ¿es que el tiempo es puramente formal? ¿Nada más que forma? Y en todo caso, la forma ¿no es fondo, materia? Los ríos se diferencian unos de otros, se individualizan—se personalizan, diríamos—por su cauce y sus orillas, por su forma, por el continente en que discurren las aguas y no por las aguas mismas, no por su contenido. ¿O es que hay algo más que forma? Formas enchufadas unas en otras y nada más que formas. La forma lo es todo.

Pero ¿no hay una materia del tiempo distinto de su pura forma, de esa forma que se mide con el reloj o con un movimiento rítmico cualquiera? Cuando decimos que un minuto o una hora o un año es más largo que otro, ¿no nos referimos a la materia del tiempo?

«Yo no sé de dónde saca tiempo...»—se dice de algunos—. Porque hay quien lo acrecienta. Cuando alguna vez se me pregunta que de dónde saco tiempo para ciertos trabajos, suelo contestar con una metáfora paradójica: «Lo cubico. El tiempo de usted, el ordinario, no tiene más que una dimensión, es lineal y consta de sesenta minutos; el tiempo cuadrado, en superficie, de 60×60 , o sea 3.600, y el cúbico o corporal, en volu-

men, de $60 \times 60 \times 60 = 216.000$ minutos.» Y si un ingenuo vuelve a preguntarme: «¿Y cómo hace usted eso?» Le replico que ése es mi secreto. Cabe, claro, otra contestación, y es que como una hora tiene sesenta minutos y un minuto sesenta segundos y un segundo sesenta tercetos, y así sucesivamente, una hora tiene un contenido material de tiempo o de tiempo material, infinito. En una hora se puede vivir una eternidad. Y de aquí, de la eternidad, es de donde se saca el tiempo material, el tiempo de fondo.

Algunos místicos dicen haber gustado la eternidad en un *raptó*, o sea en un rato. Porque «rato» es *raptó*. Un rato de tiempo es un raptó o un arrebató de tiempo.

Polibio hablaba de una historia corpórea—*somatoides*—, y quería decir de una historia densa, en que los sucesos productores de hechos se sucedían muy juntos unos a otros, en que había pocos instantes vacíos.

Lo infinito es lo continuo, y de aquí que haya una infinidad de infinitos. Y lo eterno es lo continuo en el tiempo y una eternidad de eternidades. «Aquello duró una eternidad», se dice, y a las veces con cuánta razón. Y se dice de uno que se eterniza en hacer algo, y no meramente cuando tarda.

Y luego viene el aspecto sentimental, o, mejor, pasional, de este problema. Spinoza hablaba de considerar las cosas *sub specie aeterni*, desde la eternidad. Y hay un modo de sentir la historia, y de hacerla, desde la eternidad. Que no es precisamente desde el porvenir y mirando al porvenir, no. Un político de eternidad no mira al porvenir, sino a la eternidad; no le importa tanto el resultado futuro de un acto cuanto su valor absoluto, material, ahora. Y a este valor absoluto, ma-

terial, de instante eterno, de eternidad instantánea y pasajera, le llamamos Justicia. La justicia de un acto es su eternidad y su irrevocabilidad.

Ya sabemos que todo esto parecerá a nuestros hombres del tiempo formal, a los hombres formales de nuestro tiempo, puras sutilezas lingüísticas; pero podemos asegurarles que si sintieran el peso material del tiempo de Dios, el peso divino del tiempo material, de la eternidad de la historia, sabrían lo que esas sutilezas duelen y lo que su dolor consuela, sabrían lo que es vivir en la congoja de la Justicia, lo que es sentir la terrible pesadumbre de una crisis de eternidad. Y vivir en la expectativa ansiosa de la eternidad, tratando de retener cada instante que pasa y de ir con él hacia el pasado vivo, hacia el pasado que queda.

Miguel DE UNAMUNO